

Hans Christian Andersen

La sombra y otros cuentos

Prólogo de Ana María Matute

Selección, traducción y notas
de Alberto Adell

Ilustraciones de Vilhelm Pedersen



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1973
Tercera edición: 2018

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Fernando Madariaga

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© del prólogo: Ana María Matute
© de la traducción, selección y notas: Herederos de Alberto Martínez Adell
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1973, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-328-6
Depósito legal: M. 31.330-2018
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Prólogo, por Ana María Matute
- 29 Nota sobre la traducción, por Alberto Adell

La sombra y otros cuentos

- 39 La sombra
- 55 El encendedor de yesca
- 66 La princesa y el guisante
- 69 El jardín del paraíso
- 88 Las flores de la pequeña Ida
- 99 El ángel
- 103 El traje nuevo del emperador
- 110 Madre Saúco
- 121 El firme soldado de plomo
- 128 La campana
- 136 Los cisnes salvajes
- 159 La abuela
- 162 El baúl volador
- 171 Ole Cierraojos
- 190 La colina de los elfos
- 200 El porquerizo
- 209 Los zapatos rojos
- 217 El ruiñeñor
- 232 La casa vieja
- 242 El patito feo
- 256 La historia de una madre

263	El abeto
276	La pastora y el deshollinador
284	Enamorados
288	La niña de los fósforos
293	Una historia de las dunas

Prólogo

Aquel hombre que tantos cuentos sabe

¡Hasta la vista! cantó la golondrina, emprendiendo el vuelo rumbo a Dinamarca. Tenía el nido sobre la ventana de aquel hombre que tantos cuentos sabe. Se lo contó todo, y por él, ha llegado a nosotros...

(«Pulgarcilla»)

1

(El 2 de abril de 1805, en la isla de Fionia, nació el hijo de un hombre ensimismado y fantasioso, tallador de zuecos, zapatero remendón «libre» —esto es: no admitido en el gremio— y de una mujer que, en su infancia, mendigó por los caminos. Se habían casado dos meses antes y carecían de hogar propio. Durante muchos años vivieron con los padres de él: un viejo loco, a quien perseguía la chiquillería por las calles de Odense, y la anciana hortelana del asilo municipal.

El niño recién llegado a este mundo se llamó Hans Christian Andersen.)

Ala de Cisne

Cuando las nubes bajan, y emerge la niebla en las aguas del Gran Belt, la isla de Fionia parece liberarse de sus ataduras y navegar, como una leyenda, de litoral en litoral.

En esta isla verde, gris y blanca, cuando la primavera brotaba en los musgosos tejados y la cigüeña rehacía su nido, nació un niño que, en lugar de brazo derecho, tenía un ala de cisne.

Ninguna de las gentes entre las que le rodearon tuvo jamás noticia de semejante particularidad. Ni el padre embebido en los fantasmas que el crujido del cuero despertaba bajo el ir y venir de la lezna, ni la desposeída criatura que fue su madre, ni aquel abuelo que vagaba por las calles arrastrando un despiadado cortejo de burlas infantiles; ni tan siquiera aquella anciana que plantó pálidas rosas del asilo en unos cajones de madera donde el niño imaginó, un día, el alto y subyugante jardín de Kay y Gerda. Todos aquellos que asistieron a su niñez, si bien marcaron hasta la última piel de su conciencia con el hierro candente de la humillación y la melancolía –ex presidiarios, alcohólicos, criaturas a la deriva sin oficio ni techo fijo, prostitutas, hambrientos iluminados– se apercibieron, tampoco, del prodigio o desdicha que le distinguía.

Sólo cuando Ala de Cisne ya había muerto, comenzó a tenerse noticia de su secreto.

Aunque, en verdad, la mayoría lo ignora todavía.

Sin embargo, no fue aquélla la primera ni la última vez que este suceso tuvo lugar entre humanas criaturas. De tiempo en tiempo, en países y gentes muy distantes entre

sí, ocurre un hecho semejante. Lo más usual, también, es que nadie lo advierta, o lo advierta muy tarde. Y a menudo, el propio interesado llega a olvidarlo. Año tras año, pluma a pluma, acaba desapareciendo ese atributo misterioso. Pero el niño de Odense supo conservar su ala de por vida. O, tal vez, no pudo evitarlo. Aun después de muerto, su ala de cisne sigue batiendo, intacta, en algún lugar: a menudo podemos oírla.

Errante por algún espacio y viento, vaga, niño que no ha muerto ni está en ninguna parte –como la mayoría de los niños–; pero su historia no comenzó en realidad, aquella primavera de 1805, del mismo modo que aún no ha terminado.

En rigor, esta historia comenzó en un tiempo remoto, uno de esos días nacidos para la ira, cuando la envidia centellea, como escarcha al sol, en los senderos de la vida. La madrastra tenía un sucio y desgastado corazón, enteramente cubierto por el moho de la envidia. Envidia, sobre todo, de aquellos hermosos príncipes, y de su hermana, la princesa.

Los once hermanos –amén de una estrella al pecho y al cinto espada con pomo de diamante– tenían sin estrenar aún el corazón. La madrastra los transformó en once cisnes salvajes y los lanzó a volar sobre el ancho y desconocido mundo. Su hermana, la princesa, hubo de recorrer un largo y áspero camino a fin de desencantarlos. Aconsejada por su hada madrina –las hadas madrinas, en estas ocasiones, aparecen siempre a punto como todo el mundo sabe– comenzó a tejer once túnicas de verde ortiga, que, una vez acabadas, arrojaría sobre sus hermanos: sólo así recobrarían su primitiva y gallarda naturaleza.

Aún faltaba la del más pequeño de los príncipes cuando la princesa fue acusada de bruja, y condenada a la hoguera. Subía el último peldaño que la conducía al suplicio, y la manga derecha de la pequeña túnica faltaba. Así hubo de arrojarlas sobre los once cisnes que recobraron su apariencia humana. Pero el más pequeño quedó, para siempre, con un ala de cisne en lugar de su brazo derecho.

Así heredó su historia el niño de Odense. Una inmortal y repetida criatura nace mil veces entre mil y vaga, niño-príncipe-cisne, por las dunas arenosas del tiempo (que tan avaro se le mostraba). Algunas tardes de lluvia, o en las noches heladas, el aire se dobla bajo el batir de su ala única: es una vela que arrastra la nave de todas las historias enterradas. Las no nacidas historias que logran caer al mundo, como estrellas errantes, y se prenden en las llamas que, aquí o allá, arden en la tierra donde habitan los hombres.

La última noche en que los viejos faroles de aceite arrieron en la ciudad de Copenhague fue una noche extraña: un parpadeo innumerable agitaba los viejos faroles. Debían darse mucha prisa en contar a sus sucesores, los faroles de gas, todas las historias que habían oído o presenciado. Un incesante crepitar llenaba las viejas calles de Copenhague. Los nuevos faroles aprendían apresuradamente cuanto recibían de los viejos, antes de que el alba aventase la noche y enterrase para siempre las historias que no hubieran tenido tiempo de escuchar. Hans Ala de Cisne, estaba allí.

2

(El niño creció en la casa sólo alegrada por aquellas flores que la abuela plantó en unos cajones de madera, donde fingían un jardín. El padre fantasioso, cada día más ensimismado, cuenta historias y habla sin cesar de la gran injusticia que el mundo comete con él, mientras construye un tosco teatrillo de madera para su hijo; allí el niño teje sus propias historias, y se fabrica muñecos con pedazos de zueco roto. La abuela lo viste con retales deslucidos, casi harapos. En la ciudad el niño lee los anuncios de los teatros. Esos títulos sugieren sus propias historias, representadas en el pequeño teatro donde, poco a poco, va formándose su verdadero hogar: su íntimo y verdadero paraíso, el único mundo en que, desde ese instante, habita. A veces, la abuela lo lleva con ella al asilo, y ésa constituye su única distracción. Los ancianos dementes allí recluidos relatan alucinantes historias que se graban en su mente para siempre, y nunca le abandonarán. En el teatrillo navega hacia su propia historia. El fantasma de la locura le perseguirá durante toda su vida. Se sentía «diferente a todos los niños».)

En un pequeño teatro de madera

*Quería subir, siempre subir.
Era presumido y extraño...*

(«Tesoro adorado»)

Contradictorio, ignorante, sabio, ingenuo, ladino, bondadoso y rencoroso Ala de Cisne. El niño pobre apren-

dió desde la cuna a doblar el espinazo ante los poderosos, y seguirá haciéndolo de por vida. Pero a menudo se burla de ellos, cruelmente, por boca de sus muñecos-títeres. Mientras escribía sus cuentos, seguían hablando sus muñecos, seguía hablando él. A despecho de tantas como llegó a recoger, y a crear, Ala de Cisne sólo narró, una sola historia: la suya propia. Esa que está en todos sus cuentos y que se elude y desvanece en *El cuento de mi vida*; Hans Ala de Cisne fue, sin duda, un redomado embustero, al que apasionaban las sombras chinescas, todo escamoteo de la aparente realidad. Porque su realidad fue siempre otra.

Madres abnegadas hasta más allá de los límites de la naturaleza, criaturas abismadas en una resignación aberrante, toscos remedos de virtudes cristianas, una soterrada y ñoña hipocresía, pueblan con demasiada frecuencia su obra. ¿Cuál es entonces la razón de que aun a pesar de todo ello, la llama de sus relatos, de sus historias todas, se mantenga aún viva, como el primer día? Una fuente escondida, un río subterráneo, que huye sin cesar puede escucharse al fondo de todo cuanto escribió, aun lo más desafortunado. Es algo *diferente a todos*, que se sobrepone a la hojarasca quemada por el tiempo. El niño que *se sentía diferente a todos los niños* ha hecho fluir esa corriente más allá de submarinas y desconocidas rutas. Subyugante, imposible de abandonar una vez comenzada su lectura, repeliéndonos a menudo, nos arrastra en su nave-teatro allí donde él deseó llevarnos. El niño que se sentía *diferente a todos*, en verdad lo era. Leyendo sus mejores y peores cuentos, a menudo nos asalta la impresión de estar asomados a un pozo del que brota

el más remoto aliento del mundo; del último de los mundos conocidos. Un pozo en cuyas paredes rebota el eco de mil astros que ruedan apagados y sin fin, en patética huida. Dentro de cada palabra, brillan los escondidos ojos de un tiempo y unas criaturas que nos inquietan y estremecen, por indescifrables: aunque de tanto en tanto se alce ante nosotros una de ellas, como una revelación. Ala de Cisne era ignorante, no sabía leer ni escribir: pero conocía todas estas cosas desde antes de nacer. Acaso mentía por piedad, y ésta fue su única piedad sincera. Lo demás, lo había aprendido. No era suyo. No era su historia.

(«El niño lloraba, pero lo que nadie oye, a nadie conmueve. Y así seguía llorando, hasta dormirse. Mientras se duerme, no se siente hambre, ni sed. Para eso se inventó el sueño...»)*. Entre el olor a madera y a cuero, mientras la lezna va y viene, o saltan las virutas, con su olor a madera fresca, las confusas historias del hombre que se siente postergado zumban en los oídos del pequeño Ala de Cisne. Corren las guerras napoleónicas, y el zapatero sueña con engrosar las filas del emperador y *llenarse de medallas*. El zapatero que se fue a la guerra –sin conocer la guerra– grita aún en la voz de cierto soldadito que quedó enterrado bajo las ruinas de una vieja casa**.

«¡Me voy a la guerra!», grita con él Ala de Cisne. Esa guerra fantasmal, reluciente de medallas y desfiles de «buenos muchachos de tez morena» (así vio a las tropas españolas desfilar por su ciudad, en tanto que a sus com-

* «Tesoro adorado».

** «La casa vieja».

patriotas debían despertar escaso entusiasmo). Pero Ala de Cisne sólo sabe una historia, y su historia única crece, sin cesar; la madre debe arrojar al fuego, con fervor escandalizado y protestante, una medalla de la Virgen que un soldado español regaló a Ala de Cisne. La guerra –su guerra, su historia– es, en boca del padre, la liberación del hambre, del desprecio. «No era admitido en el gremio.» Era «libre...». Nunca revistió mayor ironía una palabra. Un ala de cisne bate suavemente en la oscuridad. Un niño contempla el desfile de los Gremios –también el de los zapateros, donde su padre no es admitido– como una cabalgata deslumbrante. Con una minucia que se advierta dolorosa, describirá un día sus estandartes, sus colores, su empaque. Las lágrimas corren por las mejillas de ese niño que más tarde tomará vida en su cuento, mientras desfila una enfatuada solemne y (para él) deslumbrante procesión. Ellos permanecen excluidos de todo lo que reviste una mínima importancia. Una vela de plumas arrastra la balsa-teatro río abajo. La realidad es otra. Otra, a la que él arrancará el velo que la oculta aunque deba dejar su vida en este empeño. Ala de Cisne se esconde, entonces. El día en que se acurrucó tras el teatro de títeres. Un viento incesante empujó a trechos furioso, en ocasiones suave su ala-vela. Navegará en una corriente que ya nada ni nadie podrá frenar. Ésa es ya su verdadera y solitaria historia; su casa, su familia, su existencia toda. La humillación, la Casa de los Locos, el hambre, desaparecen o aparecen revestidos de una dignidad propia. Escondidos con él, del incomprensible mundo que ruge o ríe ferozmente allí fuera. Allí se puede hablar tranquilamente, mansamente, de piedad, incluso

de amor: aunque ni lo uno ni lo otro se comprenda ni llegue a concretarse en la conciencia. Sólo la sangre –una sangre antigua, ritual– salta aquí y allá, a todo lo largo de esa historia única y múltiple que se repite, siempre nueva, como el prodigio que revistió su nacimiento. Es una sangre que al leer sus historias, nos salpica.

Los hermanos Grimm dejaron constancia escrita de todas las leyendas que hasta entonces sólo existían en boca del pueblo. Ala de Cisne iniciará así sus pasos, pero no se limitará a transcribir. En cada saga, en cada leyenda, heredada inscribirá la huella ardiente de su propia vida. A rastras de ese viento que empuja el ala-vela, puede hablarse del hambre, del abuelo loco, de la madre que «no era buena para nada»*, de todos los dementes, ex presidiarios, prostitutas, haraganes, mendigos y bufones que componen el vasto retablo donde ha crecido. Habla de ello, de su vida entre ellos, porque ésa no es su historia. La resbaladiza venganza a menudo se vuelve casi tierna. Es fácil perdonar, como lo hacen los personajes de sus cuentos. No cuesta perdonar una herida que, en definitiva, no reconocemos nuestra. Sólo la ambición tiene un furioso impulso, más duro que la propia vida de ahí fuera, del otro lado del teatro de madera. Hay que anular, desincrustar de la propia conciencia el lastre de esa miseria, de esas gentes, de esa familia. Ala de Cisne gastará su vida entera en este empeño. Su orgullo va más allá de la misma vanidad que le caracterizará siempre. En verdad, es una vanidad infantil, desamparada. El orgullo, por contra, discurre soterrado y fiero; es una ruta

* «No era buena para nada».

de sangre que se abre paso a través de la niebla, río abajo. La venganza cuida bien de mantener una apariencia risueña, a menudo jocosa. Ala de Cisne no se venga de nadie: ésa es tarea que cumplen sus muñecos. Las historias que cuentan no tienen punto de contacto con la suya... (aunque repitan siempre, en distintas voces, la única, la solitaria e ineludible historia con vida). Se ha dicho a menudo que para conocer su obra a fondo, es preciso conocer su vida, pero ¿no será al contrario? ¿No se llega a la última y desnuda verdad de su vida tan sólo a través de su obra? Todo el mundo se ríe, al fin, del traje del emperador: pero el que más de todos, Ala de Cisne. Él mismo reconoce los antecedentes de este cuento en *El conde Lucanor*, pero «El nuevo traje del emperador» le pertenece completamente porque su risa está allí, estallante, fresca e inconfundible. Es esa risa la que le salva de la locura, acaso.

El eterno niño que fue Ala de Cisne mueve sus muñecos, y con ellos, se dedica a imitar a las personas mayores. Lo que tal vez no supo –y de haberlo sabido, le mortificaría– es que continuó imitándolos hasta el último de sus días, sin llegar a entenderlos jamás. Aunque supiera como todos los niños del mundo poner en evidencia sus más recónditas taras, su ridiculez e inconsecuencia más extrema. Por eso se oye tan a menudo su apagada risa, entre bastidores. En casi toda su obra serpentea esa semioculta carcajada infantil, a menudo inquietante. Esa risa nos llena de zozobra, y nos conmueve mucho más que la miseria y calamidades que rodean la vida del niño de Odense. Pero un indestructible muchacho da rienda suelta a la voz que anima sus títeres, y en su boca procla-

ma al Rey y a la Reina, al Joven Príncipe y a la Joven Princesa, cuando tironea el estómago de hambre, o el corazón se hiela de pavor en el cañaverál. «El cuello de la camisa, La aguja de zurcir» negarán tozudamente, inquebrantablemente, su miserable realidad. A veces la risa se vuelve casi brutal: «cuando la novia ha estado cinco años en un canalón ensuciándose, ya no se la reconoce cuando se la vuelve a encontrar en el basurero»*. Un rey y una reina, envueltos en harapos, imitan las melindrosas reverencias de una corte de cartón y purpurina. El niño del teatro de títeres no entiende el mundo, pero se ríe de él, aunque no ose jamás mirarlo de frente. Un suave fulgor de lágrimas centellea en los caminos subterráneos, riega esa voz que hace hablar a las viejas teteras, la que clama en esas flores deshojadas y marchitas (cuando ya las han pisoteado y arrojado al estercolero) y todavía las hace creerse hermosas y lozanas. Nunca se sabrá por qué razón el joven príncipe no tuvo su túnica a tiempo, por qué fue buena con Gerda la Muchacha Ladrona, por qué resuena sin cesar en la memoria de todos los que lo leyeron o aún leemos la voz de un soldadito de madera, que grita «¡Me voy a la guerra!». O tal vez sí: tal vez lo supimos en algún tiempo.

Se ha dicho repetidamente que Ala de Cisne amaba a los niños. Pero esta afirmación se desvirtúa un tanto si se tiene en cuenta que él era, tan sólo, uno más entre ellos. Prefería su compañía, porque eran su compañía natural, los únicos entre los que no precisaba careta ni disfraz. Hasta el último de sus días, fue un niño. Acertó donde

* «Enamorados».

jamás creyó acertaría, logró lo que jamás pensó conseguir, se equivocó donde más empeño puso en deslumbrar a «las personas mayores...». Asexuado, intemporal, inocente y sabio, quisquilloso y vengativo, fue, como todos los niños del mundo, profunda, inmaculadamente egoísta. El egoísmo de todos los niños reside en cada niño. El egoísmo de todos los niños del mundo tiene refugio, y cómodo asiento, tras el teatrillo de títeres. Como no conocía el mundo, lo inventó. Como no conocía a los hombres, los inventó. Hubo de expresarse en una lengua hablada por muy pocos, aprendió a leer y escribir muy tarde; y, sin embargo, tuvo por lectores preferentes al pueblo más numeroso de la tierra: todos los niños del mundo. Que se tenga noticia –hay otros casos, pero carecen de pruebas– sólo él y Peter Pan no crecieron jamás.

3

(El zapatero remendón que se fue a la guerra regresa a punto para morir. La madre vuelve a casarse y el pequeño Hans queda enteramente abandonado. El teatro es su pasión y su refugio. Ha asistido a una representación teatral y de este fascinante recuerdo, vivirá, día tras día, negándose al mundo que le rodea. La madre intenta darle un oficio, y le coloca de aprendiz. Tiene una hermosa voz y quiere ser cantante. Un día, contra el deseo de la madre y la cruel sorna de cuantos le rodean, abandona su casa y parte rumbo a Copenhague. Allí, está absolutamente seguro de triunfar, de «elevarse de cuanto le ro-

dea». Es un día de septiembre; apenas cumplidos los catorce años. No sabe leer, no sabe escribir. Su instrucción es nula.)

Cuéntame otra vez

Madre dice que todo lo que usted mira puede convertirse en un cuento y de todo cuanto usted toca, puede sacar una historia.

—Sí, pero son cuentos e historias que no valen nada. No, los buenos vienen espontáneamente [...]

(«Madre Saúco»)

Como tampoco se entendió a sí mismo —igual que al mundo, que a los hombres—, se inventó. Y tantas veces se inventó que desde ese día, a la luz de viejos y nuevos faroles, revive su historia, con puntualidad infalible, en un inmenso y aún no concluido asombro.

El remedo —a veces amargo— del asombro que llenó toda su vida aparece, quizá como en ninguna otra historia, en la de ese cuento-autobiografía llamado «El abeto». El miedo y la vanidad se agitan fundidos en patéticas preguntas, en un inmenso asombro: «¿Qué es lo que están haciendo? ¿Qué va a ocurrir?»*. El abeto se perdió, al fin, cenizas al viento, sin llegar a conocer jamás la respuesta. El abeto pasará su vida sin saber nunca a cien-

* «El abeto».

cia cierta por qué, para qué, entre quiénes ha transcurrido su existencia. El miedo serpentea, como culebra azul, por entre la pinaza, por la alfombra del salón dorado donde se celebra la Navidad, en el patio donde el más crudo invierno y abandono rodean al abeto: «Los hombres no pueden plantarme; por lo tanto tengo que estar aquí en depósito hasta la primavera, ¡qué bien pensado!, ¡qué inteligentes son los hombres!»*. El viejo abeto, entre los ratoncillos que escuchan su historia, es Ala de Cisne entre los niños, único auditorio que puede comprenderle. Pero: «La noche siguiente vinieron muchos ratones más y el domingo incluso dos ratas. Pero dijeron que el cuento no era nada divertido [...]»*.

Duele la súbita explosión de una vanidad pueril, un continuo pavonearse de grandezas prestadas o propias, de gloria concedida por la buena burguesía danesa, cuando la intelectualidad le vuelve la espalda. El «genio surgido de la nada» al fin, cisne entre cisnes, se desliza por un estanque en cuyas orillas los niños le arrojan migas de pan. ¿En un «estanque» triunfa Ala de Cisne, acostumbrado a navegar sin freno, por todos los ríos y contra todas las corrientes? Nadie –o casi nadie– se da cuenta de que ese nuevo cisne, «el más hermoso de todos», está triste; que añora un mar tal vez recordado en su más remota conciencia, llamado «la pradera de la gaviota». Un patito feo sigue llorando, aún, entre el cañaveral. Lloro de profundo desamparo y soledad, llora por la inquebrantable incomprensión del mundo. Lloro todavía por el mezquino gato, por la brutalidad indiferente de los ca-

* «El abeto».

zadores, por la implacable puntualidad del invierno que siega todo intento de vida sobre los campos. Lloro de admiración impotente, mientras contempla el vuelo majestuoso de aquellos cisnes que cruzan el imposible y lejano cielo que él desea alcanzar. «¡Soy un cisne!» clamará. Pero ese grito jubiloso esconde una súplica, mendiga un reconocimiento negado. Su grito será acogido benévola, protectora o admirativamente por la mayoría. Pero los cisnes siguen volando altos, demasiado altos, sobre un patito feo, que se esconde en el cañaveral.

El crítico George Brandes cuenta que «no conocía a ninguna persona de importancia que estimase a Hans Christian Andersen». «¡No soy viejo!», grita desesperadamente el viejo árbol ya completamente seco. Un misterioso niño (hermano del príncipe cisne, de la muchacha ladrona, de la joven Grubbe, de la hija del pantano) le arranca la estrella y se la prende en el pecho, mientras una voz repite «Todo acabó, todo acabó... Pensó *en el único cuento que había oído y que sabía contar...*». En la tristeza del abeto, en su estúpida vanidad –la que le impide aceptar la humillación y el abandono de aquellos que admiraba– arde, como fuego entre cenizas, un cierto, especial desafío. Cuando escribió «El abeto» Ala de Cisne contaba muchos años –al menos, tal y como cuentan la edad los seres humanos–. De pronto, se tiene la impresión de que Ala de Cisne tiene prisa por partir, de que Ala de Cisne se ha cansado ya de navegar. Es un cansancio antiguo, casi hermoso, el suyo. «Todo acabó...» es como decir «Acabemos de una vez con esta vieja historia». El niño ha prendido la estrella en su pecho y en su gesto hay diez mil manos de niño, repitiendo el mismo

ademán. «Y de esta forma se consumió el árbol.» Aquella noche pasó, y con ella, el abeto y su cuento... Éste es el destino de todos los cuentos. Ala de Cisne, el mentiroso, no quiere prodigar esa última verdad que casi siempre se reserva al final de todas sus narraciones. Él sabía que los ratones habían escuchado su cuento, y que en su inquieto ir y venir lo esparcirían por túneles y subterráneos de la ciudad. Ha dejado que un niño arranque la estrella que aún luce en lo alto de las ramas y la prenda a su pecho. Ahí está el cuento, todavía lo estamos leyendo. Ala de Cisne lo sabía, pero le gustaba confundir, esparcir niebla sobre la piel de sus historias. (Es disculpable, si se tiene en cuenta cuánto le confundieron a él.) Por contra, describió con detalle y aplicación escolares, todo lo que no entendía: los seres humanos. No hay que extrañarse de que sus personajes más vivos, auténticos e impercederos, sean los enseres domésticos, las plantas, los animales, los elfos... Ningún ser humano alcanza, en sus historias, la verosimilitud de estas criaturas, siempre convincentes. Infiables y arrogantes teteras, orgullosas de su porcelana cubierta de flores azules, que ignoran los desportillados de su tapadera; agujas de zurcir zapatillas explican a cuantos quieren oírles su verdadero destino de bordadora en seda y, aun ya hundidas en el lodo las ruedas de un carro, proclaman su alto puesto de prendedor finamente tallado; irritables, soñadores y egocéntricos soldaditos de plomo, que desean ir a la guerra*, o esos otros firmes**, consumidos en un pundonoroso y recatado amor, patéticamente

* «La vieja casa».

** «El firme soldado de plomo».

inmolados en su propia estimación; soldaditos que enterran las ruinas o se funden, «como un pequeño corazón de plomo». Muñecas hermosas y ligeramente estúpidas, malignos y crujientes goznes que alguien olvidó engrasar y chirrían así las más duras verdades; huera sentencias de escalfadores que se diluyen, en nubes de vapor, hacia el techo de la cocina; regias estufas de porcelana, conscientes de su alto cometido, ratoncillos hábiles, industriosos y un poco mezquinos, que compadrecan con perezosos y entrometidos duendes de alacena; sartenes cubiertas de hollín y necesidad, gatos de largo y displicente bostezo, sufridos perros de edad avanzada y desengañada mansedumbre; elfos livianos que tienen su dormitorio *tras el tallo de cada boja*: Es en estos cuentos (por algunos considerados «menores») donde los animales, objetos y plantas remedan con certera agudeza (a veces rozando la crueldad) las tareas más impenitentes de la humana naturaleza.

El cuento, dentro de sus cuentos, se reviste de unas propiedades casi mágicas. Aquellos que saben contar un cuento, poseen una fascinación parecida a la música que amansa a las fieras. Algo transforma o resucita en quienes los escuchan. La Muchacha Ladrona, los ratoncillos que rodean el abeto, dirán (como tantos otros oyentes): «Cuéntame otra vez...».

4

(Copenhague, la ciudad donde ha decidido «ser famoso y conocido por todos» le recibe duramente. El hambre, las humillaciones y miseria que creyó dejar atrás, siguen cons-